

El hipotético Ministerio de Sanidad

NO deja de asombrarme la importancia que conceden numerosos médicos (el 96 por 100 de los entrevistados, según una encuesta de "Tribuna Médica") y responsables de la Medicina española a la creación de un Ministerio de Sanidad, como supremo remedio de todos los males que aquejan a la salud pública española.

Tengo, no obstante, la impresión de que pocos se han detenido a meditar en el posible contenido de ese hipotético Ministerio, en cuya estructura deberían entrar forzosa y necesariamente dos elementos tan indispensables como desproporcionados en su magnitud respectiva: la Dirección General de Sanidad y la Seguridad Social. Integrar las actividades que desarrollan esos dos orga-

barajados correspondían a médicos que habían adquirido fama en la escena puramente política o en el ejercicio de la Medicina. Rara vez se trataba de personas de vocación estrictamente sanitaria, que en principio son las que más idóneamente pueden gobernar la actividad sanitaria de un país.

Por la índole de su formación, orientada fundamentalmente hacia el estudio individual del enfermo y no hacia el enfoque global de los problemas de la salud y la enfermedad, el médico en ejercicio suele percibir mal la situación general de la Sanidad de su país y tiende a reducir todas las cuestiones a las particulares de la parcela en que desarrolla sus actividades. Por otra parte, la asistencia curativa y pre-

nómica mucho más alto que el nuestro.

Reto a la oposición

Nuestro pueblo, pasivo durante tantos años, está a la expectativa; siente que le ha llegado el momento de intervenir en su propio destino y, con una mezcla de preocupación y esperanza, desea que se le ofrezcan auténticas soluciones para los problemas que cada día se le plantean.

Mi experiencia directa de distintos regímenes democráticos, me muestra que las gentes están ya de vuelta de la vana palabrería del

po esa situación y que habrá de ponerse orden en una Sanidad en la que, junto a indudables progresos, aparecen todavía insuficiencias de gran envergadura (educación sanitaria, asistencia psiquiátrica, cuidados de urgencia, asistencia ambulatoria, entre otras).

Sería más conveniente que los grupos de la oposición abordaran el estudio de lo que debe ser la Sanidad del futuro, procurando actuar en la forma más concreta posible. Asegurar que debe existir un Ministerio de Sanidad o un Servicio Sanitario Nacional equivale casi a no decir nada, pues lo que importa es considerar lo que debe hacerse en

Dr. J. A. Valtueña

nismos equivale poco menos que a casar un mamut con una hormiga, pues tanta es la diferencia que les separa en lo que se refiere a sus presupuestos respectivos y a su influencia en la asistencia preventiva y curativa de la población. Yuxtaponer ambos organismos, pero dejándoles plena autonomía, equivaldría a perpetuar la situación actual, justamente criticada por tirios y troyanos.

Sin embargo, lo original de la situación que se viene planteando en los últimos meses consiste en que se encomienda la responsabilidad de la reforma sanitaria al organismo al que administrativamente le corresponde, pero cuyas decisiones inciden menos en la problemática asistencial que hoy tiene planteada la Sanidad española.

Elección de un ministro

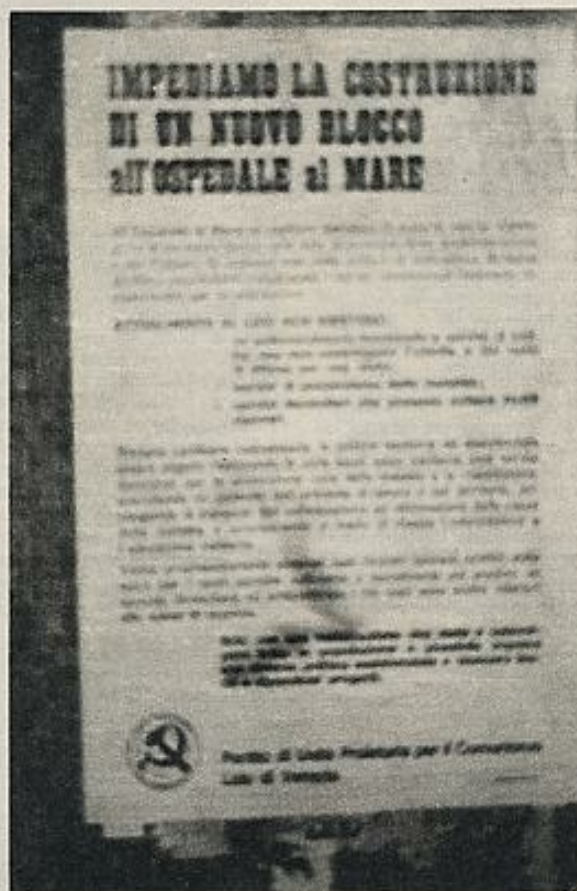
Al escuchar o leer las declaraciones de ciertos prohombres de la Sanidad abogando por un Ministerio, se tiene la clarísima impresión de que son alegatos *pro domo suo*, y de que en realidad pretenden ante todo que los responsables del poder tomen en cuenta sus nombres en el momento de designar al futuro ministro.

Señalan los especialistas en rumología política que en varias ocasiones de los últimos decenios ha estado a punto de nombrarse un ministro de Sanidad, pero en la mayoría de los casos los nombres

ventiva está hoy tan íntimamente ligada a las cuestiones económicas que es imposible dirigirla sin poseer amplios conocimientos de las mismas. Es más, en los próximos decenios, con el aumento incesante de la complejidad de la asistencia, los responsables de la sanidad se verán forzados a establecer órdenes de prioridades y a dejar relegadas ciertas actividades, quizá interesantes por sí mismas, simplemente porque resultan demasiado costosas.

Creo, pues, que un médico dedicado a la asistencia hospitalaria o privada no puede ser un buen ministro de Sanidad. Si, además, como forzosamente tiene que suceder, el Ministerio abarca la Seguridad Social, o, por lo menos, el Seguro de Enfermedad, una persona procedente de este sector de actividades llevaría con mejor conocimiento de causa las riendas de toda la Sanidad.

No hay que olvidar que el 75 por 100 de la población española tiene derecho a las prestaciones de la Seguridad Social, pero que entre esos afiliados, llegan al 35 por 100 en ciertas regiones los que pagan otro sistema de asistencia, en particular para tener un médico de cabecera elegido por ellos mismos. Resulta así que si tenemos en cuenta ese hecho, más el elevadísimo nivel de los honorarios médicos españoles en el sector privado, el gasto médico-farmacéutico de los españoles alcanza cotas comparables a los de países de nivel eco-



En este cartel, fijado en el Lido de Venecia, se incita a la población a que impida la construcción de un nuevo bloque hospitalario, dando las correspondientes razones. Los problemas sanitarios interesan al pueblo en el más alto grado. (Foto del autor.)

político tradicional y que desean, ante todo, una acción eficaz. Y si ese desinterés por la vieja política se da en otros países, ¿qué va a suceder en España? ¿Sabrán los españoles diferenciar desde el primer momento a los que de verdad buscan su bienestar, de los arrivistas y de los que "vuelan en socorro de los vencedores" (según la consagrada expresión francesa)?

Entre estas acciones eficaces que propugno, ninguna más necesaria en el momento actual que la relativa a la Sanidad. En este sector, el español paga mucho más de lo que obtiene, pero es indudable que no tolerará durante largo tiem-

las condiciones hoy reinantes, sin proceder a serviles imitaciones de sistemas que han tenido éxito en otros países, pero que, quizá, aplicados a España serían un perfecto desastre.

Ciertas gentes empiezan a preguntarse si la creciente atomización de la oposición, motivada a veces al parecer por el deseo — profundamente español — de ser cabeza de ratón y no cola de león, no va a quitarle la cohesión necesaria para cometer con energía la solución de los grandes problemas del país. Sería de desear que los hechos mostraran que tales gentes están equivocadas. ■